

EDÉN



#LIBROS MÁS ALLÁ DE SU SOPORTE



@E1EDICIONES



@E1EDICIONES



@E1EDICIONES



E1EDICIONES

ACERCA DEL AUTOR

JUAN LUIS NUTTE nació en el Distrito Federal el 26 de mayo de 1972. Colaboró de 1994 a 1999 en el suplemento cultural *El Búho* del periódico *Excélsior*. Es egresado de la Escuela de Escritores de la Sogem. Fundador y editor de la revista literaria *Cuiria*. Publicó los libros de cuentos *Anécdotas sedientas* (UAM-Xochimilco-1999), *Imágenes ligeras* (Praxis 2006), *Bestiario amoroso* (Ediciones de Autor, Editorial-2015) y *Cuerpos pánicos* (Ediciones de Autor, Editorial- 2018), además de la novela *Mi ventana es una tumba* (FOEM-2014). Algunos de sus cuentos están incluidos en las antologías *Animalia. Bestiario fantástico* (Ediciones del Ermitaño), *Sex-teto y otras piezas para cuatro manos* (Ediciones del Ermitaño), *Los mil y un insomnios* (Centro Toluqueño de Escritores-2006), *Cofradía de coyotes* (La Coyotera Editores), *Bestiario para Mateo* (UAM-Xochimilco-2012), *Sangrar para narrar* (Cisnegro, 2016) y *Recordanzas sobre René Avilés Fabila* (La casa del Mago, 2017). Fue beneficiario del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico del Fondo Especial para la Cultura y las Artes del Estado de México (FOCAEM-2007, 2009 y 2012). Ha sido profesor de la Escuela de Escritores “Ricardo Garibay” en Cuernavaca, Morelos.

JUAN LUIS NUTTE

EDÉN

E1
EDICIONES

Primera edición, 2020

Del texto

© Juan Luis Nutte

De la presente edición

© Ediciones de las Sibilas

Francisco Contreras 114

Loma Verde

León, Gto.

C.P. 37295

www.ediciones.com

De la ilustración de portada

© Ian De Giovannini Aschentrupp

Hecho en México

Made in Mexico

ISBN: 978-607-98875-9-9

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin la
autorización por escrito de los editores.

Para C, X, JP y R,
desde donde nace mi sangre
hasta sus corazones. . .

Por nada del mundo quisiera que se supusiera que emprendí este viaje sólo por no saber qué hacer y estar obligado, de algún modo, por las circunstancias. Sostengo y Juro por todo lo que me es caro, que tenía la intención de realizarlo mucho antes que se presentaran las circunstancias que me hicieron perder la libertad durante cuarenta y dos días. Este retiro forzoso no fue más que una oportunidad para partir más pronto.

XAVIER DE MAISTRE

Seguro la encuentra —le dijeron—. El peor camino es el que no se empieza.

EVELIO ROSERO

HE VAGADO DURANTE MESES dentro de mi hogar. No logro toparme con sus muros. No hay ni una mínima señal del espacio de la casa en donde me encuentro. No sé si estoy en una recámara, en la sala, en el estudio, tal vez el baño... A veces intento empalmar el recuerdo de las habitaciones de mi antigua casa con el nuevo aspecto que tiene ahora. Tal vez así encuentre la puerta que me dará salida al mundo.

Hace tres días encontré en la hojarasca de un bosque de eucaliptos, la libreta sobre la que escribo. Rescaté una cajita de lápices y un par de plumas fuente inútiles, secas de tinta. La libreta conservaba su protección plástica que la libró de la carcoma del bosque.

También había libros, asimilados por una colonia de hongos y una comunidad de termitas. Es una lástima que los ejemplares no resistieran los rigores del clima y la fauna. Habría sido maravilloso disponer de algunos para disipar la tensión persecutoria a la que me somete Cordelia. Supongo que donde hallé los objetos alguna vez fue mi estudio.

Cada día reinicio la huida. Exploro los bosques de la casa para hallar algún refugio y ocultarme de Cordelia durante las noches cuando cesa su acoso. Hasta ahora he identificado tres bosques, uno de eucaliptos, otro de secuoyas y uno más de piru-

les. Cualquier ruido tensa mi cuerpo y es imposible dormir. Con un libro podría distraer la mente.

Es casi imposible caminar entre los árboles sin caer en una poza de lodo. Mis piernas permanecen cubiertas de fango, el pantalón se torna áspero mientras el lodo es fresco y debo quitármelo cuando se ha secado; lo sacudo y azoto para resquebrajar las costras de cieno que me causan escozor. Lo peor es que a veces el barro abriga bichos que sorben sangre de mis piernas causándome ampulas.

Me mantiene en vilo no escuchar a Cordelia lanzando amenazas que me advierten de las múltiples formas en que puede lastimarme. Su escandaloso acecho previene su proximidad. Ahora su silencio me desconcierta y estremece hasta las vísceras. Ni una señal que indique su cercanía. Cuando grita, las aves y los insectos estallan de sus nidos. Los bichos se entierran en el humus y las piedras... Pero ahora su tregua tensa la vida en la casa. El viento sopla lento entre los árboles; se percibe el cuchicheo de las sabandijas mordisqueando hojarasca. Las aves no quieren volar, se disimulan en los follajes, algunas prefieren la cautela dando saltitos entre las ramas, sin aleteos, sin píos; la vida parece contener la respiración, hay una tensión que estremece cada vello de mi cuerpo, cada fibra de los helechos, cada élitro de los insectos y las plumas de las aves y los pelajes de los roedores...

Cordelia juró vengarse. Y desde entonces no ha cesado de acecharme. No comprendo por qué se ofendió cuando le solté mi descontento por la forma en que trasformó mis hábitos, y sobre todo mi casa, en un jardín hogareño y luego en un vasto jardín del Edén.

El silencio cubre todo como un tul. Oprime. Hay una expectativa. Definitivamente, prefiero los alaridos de Cordelia aunque contengan algo ominoso. Ningún ser vivo puede soportar tanto silencio.

EMBADURNO MIS BRAZOS, cuello y rostro con barro para evitar las picaduras de los mosquitos, que en cúmulos abundan por toda la casa. Algunos bichos quedan adheridos al lodo que tiene la consistencia de una jalea; huele amargo, casi como orégano. Su sabor me intriga, ha seducido a mi hambre con sus dejos de frutos agrios. Lo relamí durante horas; la panza comenzó a gorgorearme e inflamarse y pronto tuve prisa por descargar. No paro de hacerlo. Estoy varado bajo unos pirules, no conseguí hallar mejor lugar para ocultarme de Cordelia mientras evacuo.

Lo peor es que sigo con hambre y sigo vaciándome con agudos espasmos. Esto me hace sentir enfurecido e inútil. Fui un pusilánime al consentir que Cordelia realizara más cambios de lo que se requería.

Mi hogar cambió y yo también. La casa puede sobrevivir y adaptarse a las modificaciones. Yo sólo puedo adaptarme; quién sabe si sobreviva.

SI ME CONCENTRO, SI AGUANTO la respiración, si pongo los oídos en alguna hebra de sonido, percibo el rumor de los insectos; descubro que son comestibles; amargos, con regusto a tierra que se aferra a la lengua y la escalda.

Recolecté una buena cantidad de bichos regordetes, verdes como tomatillos, dentro de un cucurucho de hoja de esta libreta. Al tragarlos vivos son suaves y jugosos. Ya muertos tienden a

secarse y su sabor amargo se intensifica. Son fáciles de capturar gracias a su andar timorato, tal vez hasta sean ciegos; viven bajo la hojarasca, entre las piedras y resquicios donde no logra colarse la luz. Son una especie de crustáceos verde esmeralda. Como defensa se enroscan hasta parecer balines. Son tan largos como un dedo meñique y emiten un silbido cuando se sienten en peligro, yo creo que más bien gritan, porque en el paladar, antes de masticarlos, se perciben sus lamentos. Ya me acostumbré a zampármelos. Mi estómago los tolera mejor que al lodo agridulce. Tal vez si tuviera los utensilios necesarios, cocinaría con ellos un buen caldo sazonado con vegetales que abundan aquí.

EL TIEMPO ES LÁNGUIDO como caracol en los días de lluvia. Y entonces se piensa que los días rinden más. Así camino sendas extensas, enfangadas, explorando, sin hallar alguna ventana o la salida de casa.

Me alimento de frutos e insectos. Abundan las fresas y los manzanos.

Es lo único que le agradezco a Cordelia. Su idea de crear un jardín autosustentable funcionó, sin embargo es una extravagancia, más que jardín domestico es un jardín del Edén del cual no puedo largarme.

ENCONTRÉ ALGO PARECIDO a la boca de una chimenea; su hogar y la jamba son demasiado grandes, entré a ella totalmente erguido. Por dentro tiene todas las trazas de una cueva. Tal vez Cordelia la descubrió y debió adaptarla para darle la apariencia de un gran fogón. ¿Por qué no me percaté cuando la construyó? En fin, ahora es mi refugio. Puedo guarecerme de la lluvia y del

acoso de Cordelia, de los insectos y los animales del bosque que a veces silban, gruñen, aúllan, aunque ya no sé si los bufidos son de animales o de Cordelia.

Lluvia obstinada y tranquila. Lava los brazos de los pinos y las melenas de las secuoyas, cae, revienta en las rocas y desfallece en el fango.

Por las noches hago fogatas suficientemente luminosas para mantener a raya las alimañas y conservar caldeado el refugio. No logro descansar por el temor a delatarme. Han pasado algunos días sin sentirme acechado, por eso hago las hogueras nocturnas. Esta tregua es una estrategia cruel de Cordelia. Da esperanzas, calma, me deja vagar a mis anchas, así trato de hallar alguna salida. Ahora poseo una calma física pero mi sosiego está dañado. Mi cuerpo descansa y mis adentros permanecen en azorada vigilia.

Debo cazar, enriquecer mi dieta herbívora. Comer insectos, carne de pajarillos y roedores, descompone mi vientre. Deseo tener una presa grande con bastante carne para almacenar y así permanecer dentro del refugio mientras hallo la forma de largarme de casa. Tengo que confeccionar algunos garrotes para defenderme.

El hambre es mucha y la intranquilidad se magnifica con el estómago vacío. Conseguir una presa carnosa implica una gran fogata, enterrar las vísceras y pellejos; tal vez algún hueso pueda servir de arma. Cordelia puede descubrir los despojos y los restos de la hoguera. Debo conformarme con los insectos, las manzanas y las fresas. Laxa tragarlos cada día. Espero encontrar otros frutos.

HEREDÉ LA CASA HACE DIECISÉIS AÑOS. Demasiadas habitaciones para un hijo único. También me legaron una generosa cantidad

de dinero que fui dilapidando como sibarita en mujeres y libros. Desde que fallecieron mis padres jamás tuve la necesidad de vivir con alguien. Jamás traje mujer alguna a casa. Desde mi orfandad decidí dedicarme a mi pasión: leer. Cada muro fue cubierto con libreros. En pocos años me hice de una biblioteca donde coleccioné ediciones antiguas, rústicas, libros de arte, de ocultismo, manuales, compendios históricos y filosóficos, enciclopedias del siglo XVIII, libros infantiles, eróticos, un par de ediciones príncipe, un Quijote de 1605 y un Lazarillo de Tormes de 1554...

Ahora todas esas ediciones, que durante años busqué y seleccioné para mi solitario recreo, se han devuelto a la naturaleza, como alimento de hongos, composta para árboles, perdidos irremediablemente por los caprichos ecologistas de Cordelia, y por supuesto por mí, por mi cobardía al no frenar a tiempo las modificaciones que ella hizo a la casa.

Aunque admito que no toda la pérdida de la biblioteca se debió a ella. La casa es antigua, de adobe, de muros gruesos y altos techos y de un solo nivel, con corredores y un jardín central. Los libros pronto mostraron signos de enfermedad a causa de la humedad, acumulada por varias generaciones, transpirada por los muros. Los libros antiguos fueron los primeros en presentar pecas amarillas y marrones como de enfermo hepático, se resquebrajaban, la lepra avanzaba sin dilación de estante en estante, contaminando a los libros nuevos. La solución lógica era restaurar la casa, sanear la humedad.

No tengo parentela. Soy hijo de un matrimonio maduro. Mi madre quedó preñada cuando ya no era recomendable para su edad. Su embarazo fue un padecimiento. Mi padre, más que es-

tar feliz por su paternidad, temía una posible viudez. Mi madre sobrevivió y me amó con devota ternura, fui un niño al que jamás le faltó nada material, ni el amor. Nunca me ausenté de casa. Como el hogar era demasiado grande para los tres, fue como si yo viviese aparte. Sólo nos veíamos durante las comidas. Cuando enfermó mamá, nuestra convivencia se hizo más frecuente. La enfermedad fue voraz, una diabetes no detectada la consumió y hundió en su cama hasta la muerte. Mi padre falleció de ausencia, de la nostalgia por su mujer. La vejez le cayó como un charrón, sólo deseaba dormir y ver televisión, un paliativo para su soledad; el parloteo del aparato sustituyó a mamá durante algunos meses. Dejó de andar, de hablar, cesó de ver, de dormir, dejó de comer, había noches que lo escuchaba toser y gimotear por la ausencia de su esposa, y un día, dejó de ser mi padre.

La familia de mis padres ha fallecido. Algún gen podrido disminuyó la longevidad de los parientes al grado de casi extinguirnos. Yo sobrevivo. Soy el único, tal vez supere el mal que ha devastado a mi árbol genealógico. No debo confiarme, sólo debo evitar confrontar a Cordelia.

Jamás me causó conflicto la soledad. Tuve novias de un mes y amantes de doce horas, hasta de menos. Ninguna pisó la casa. Algunas mujeres me fascinaron tanto que me enamoré, pero el sentimiento languidecía en cuanto externaban su interés por saber dónde y cómo era mi casa. Me negué a traerlas o mostrarles mi hogar desde la calle. Sus cabecitas enfebrecidas por el despecho y los celos me elucubraron casado y con hijos. No podían aceptar que yo fuera celoso de mi privacidad. Se ofendían y me recriminaban que en absoluto las amé, que una prueba de confianza era compartir los espacios hogareños. Así las cosas, yo

degollaba la relación. No deseaba poblar mi soledad, ni modificar mis hábitos lectores para dedicarles tiempo a ellas, ni estremecer el plácido celibato de mi hogar. Pero decirles lo anterior a las mujeres era peor que si yo me hubiese confesado adúltero. No comprendieron que las podía amar con fúrica ternura sin compartir la intimidad diaria.

Cordelia es la única que entró a casa y permanece en ella. Hasta le consentí modificarla al extremo de que ahora es desconocida y hostil. Extraviado en la casa donde nací y donde debo morir. Soy ajeno en mi casa. ¿Cómo fue que le permití a Cordelia transformarla?

Ha comenzado a llover. Lo que parece ser el techo se ha nublado y caen granizos gruesos, agujeran las hojas de los árboles, trozan el ramaje. Es más una lluvia de follaje que de granizo. El hielo, apenas toca el suelo caliente, se derrite como si cayera en sartén candente.

Resguardarme bajo un árbol no es sensato. Podría fulminarme una pulmonía si bien me va, o tal vez un rayo me electrocute. Tuve que correr y aguantar la granizada hasta el refugio.

LA CUEVA ES MÁS AMPLIA de lo que imaginé. La luz de la fogata hizo brecha en la obscuridad desvelando sus adentros. No me atreví a explorarla, tal vez me pierda y jamás logre regresar y, lo que es peor, jamás salir de casa.

Por las noches cuando la calma espesa, se cuele desde las profundidades un airecillo impregnado de sonidos que alborotan las llamas de la hoguera. Supongo que existe una desembocadura. Y si concentro mi atención, si respiro despacio y no me muevo, percibo carcajadas y música: son los vecinos que se em-

briagan cada fin de semana. Deduzco que es sábado. ¿Cuántos sábados han transcurrido?

Regresé al bosque de eucaliptos, tal vez halle más plumas, algún libro, o cualquier objeto que pueda serme útil. Sólo hay restos de molduras de caoba carcomidas o asimiladas a los árboles. Es terrible descubrir la devastación que ha causado la vegetación en lo que fue mi estudio y pateo los árboles tan fuertemente que sus cortezas se desgarran, arranco sus ramas, quiero que paguen de alguna manera lo que han hecho.

Intuyo dónde estoy, en qué parte de la casa, sé qué ruta emprender para llegar a la salida. Y como siempre me ha pasado cuando estoy a punto de conseguir algo, mi cuerpo se estremece, mi mente se embrolla en posibilidades buenas o nefastas. La realidad me ataca, es fuerte el palpito de la emoción que da la esperanza. Estoy cerca.

CORDELIA ESTUVO MERODEANDO afuera de la cueva, maldecía la lluvia por estar empapada y hambrienta. Gracias a su costumbre de pensar en voz alta supe de su proximidad.

Me interné en la cueva para ocultarme. A tientas, procurando no herir el silencio. Afortunadamente, no había hecho fuego y ella no husmeó mi presencia; sólo entró para orinar. Creo que está resfriada, estornudó varias veces intercalando maldiciones mientras aliviaba la vejiga. Jamás la vi hacerlo, sólo llegué a imaginarla cuando se iba al baño, a horcajadas, oír su chorro de orina cayendo dentro del escusado me excitaba, pensar en su hillo de meados mojando su vello púbico siempre fue el preámbulo para que la poseyera. Creo que nunca llegó a sentarse sobre el inodoro, ni para cagar.